

NUEVE SEMANAS Y MEDIA en *PENSAR EL CINE*

Maria Lameiras Fernández

Doctora en *Psicología*

Universidad de Vigo

Nueve semanas y media es el título del libro autobiográfico de una joven ejecutiva de una gran empresa en New York que publica en 1978 con el seudónimo de Elizabeth McNeil. Ocho años después Adrian Lyne, un director británico curtido en el mundo de la publicidad y el videoclip -director de otras conocidas películas como *Flashdance* (1983), *Atracción Fatal* (1987), *Proposición Indecente* (1993) o *Infiel* (2002)-, recrea en Hollywood esta valorada novela que se convirtió en un gran éxito de taquilla bajo la categoría de cine *erótico*. El rosario de sugerentes escenas que reproducen los *juegos* sexuales de John y Elizabeth -que culminan con el memorable *striptease* al ritmo de la canción de Randy Newman interpretada por Joe Cocker “*You can leave your Hat On*”-, acaban catapultando al firmamento de los iconos eróticos a sus protagonistas: Kim Basinger y Mickey Rourke.

Él saboreó durante poco tiempo las mieles de este éxito y después de sobrevivir en la meca del cine -con algún acierto en el plató y sonadas broncas entre bastidores- a principios de los noventa tira su carrera por la borda para subirse a un cuadrilátero y a una montaña rusa de excesos y desmanes, de la que le baja la muerte de su hermano y una buena dosis de psicoanálisis. En 2008 un Mickey Rourke irreconocible se reencuentra con el celuloide de la mano de Darren Aronofsky, con su convincente interpretación del protagonista del laureado film *El Luchador*, que embiste con el coraje de quien ha vivido el desahucio vital en carne propia.

Para ella -que se lamentaría del lastre que supuso para su carrera como actriz su identificación como *sex-symbol*- aún quedaban por llegar mejores momentos como fueron su participación en la película de Curtis Hanson *L. A. Confidencial* en 1997 por la que llevaría el oscar a la mejor actriz de reparto; y su papel más reciente en *Lejos de la tierra quemada* (2009) del premiado Guillermo Arriaga -guionista de la conocida trilogía dirigida por su compatriota, con el que acabaría enfrentándose, Alejandro Gonzalez Iñárritu: *Amores Perros* (2000), *21 gramos* (2004) y *Babel* (2006)-.

Pero este taquillazo de los ochenta no contó, como cabría esperar, con todo el favor de la crítica. Desde el polo más benévolo no faltaron quienes distinguieron a la película de Lyne como vanguardista y se atrevieron a destacar su contribución a la “desacralización” del erotismo en el cine; desde el polo más hostil no faltaron quienes embistiendo sin piedad contra los excesos estéticos de un film que bebe en exceso de las fuentes del videoclip, con un argumento deshilvanado y aparentemente incomprensible.

Adrian Lyne -un director que aterriza una y otra vez en argumentos que gravitan en torno a la sexualidad y los triángulos *imposibles*- sin duda seducido por la fuerza y potencial erótico de la historia de Elizabeth McNeill parece “incapaz” –o conscientemente desinteresado- en conectar con el vórtice que da sentido a cada movimiento de los protagonistas, con el sexo como *síntoma* que Lyne se empeña escena tras escena en convertir en su *esencia*. Así su transcripción personal de la historia apenas deja espacio para nada que no sea relatado por el lenguaje sexual de escenarios eróticos que actúan como compartimentos estancos arrastrándonos a una historia *difícil* de comprender más allá de su inteligibilidad erótica, desplazando a los márgenes *todo lo demás* que tendrá que ser leído entre *líneas*.

Quizá las críticas que soporta el trabajo de Lyne sobre su estructura narrativa, imprecisa y disuelta, pueden ser en cierta medida la dificultad de los *ojos* que la crean a encontrar el “sentido” a un catálogo de escenas sexuales que son “recortadas” de la novela o inventadas y yuxtapuestas sin conseguir completar un puzzle comprensible. O el fiel reflejo de una relación en la que no hay comunicación posible? Y es posible articular un argumento explícito sin comunicación?

Veamos que nos dice la novela de todo esto.

Las cosas que dice ella...

Te estás enrollando, me digo, con un hombre poco común.

...

...resulta que me vi envuelta en el simple transcurso de un par de semanas, en una aventura que la gente que conozco juzgaría patológica.

...

Jamás salíamos...Por lo general, durante nuestras veladas, yo estaba atada al diván o a la mesa de café, a su alcance.

...

No sabes cuanto te quiero.

...

Mi cuerpo no tenía nada que ver conmigo. Era un señuelo, para ser utilizado en la forma que él decidiera, con el fin de excitarnos a los dos.

...

...era desvalida, dependiente, encomendada por completo a los cuidados de otro. No se suponía que tomase decisiones, no tenía responsabilidades. No tenía elección.

...

Durante semanas y semanas, me sentí inundada de una abrumadora sensación haberme descargado del peso de mi edad adulta.

...

Sólo me quedaba el voluptuoso lujo de convertirme en observadora de mi propia vida, la renuncia absoluta de mi individualidad y el entregado deleite de abdicar de mi misma.

...

Nunca me detendré, haré eternamente lo que él diga.

...

...mientras él me ame estoy a salvo.

...

Pero es a MI a quien ama.

...

Me golpea brutalmente.

...

A lo largo de los dos últimos meses, he pasado por un proceso de aprendizaje de mi misma, todas las noches algo nuevo, una profunda corriente que se refuerza con el paso de las horas; manos sujetas encima de la cabeza, breves gemidos, mi cerebro repitiendo "esto es nuevo". Un poder nuevo y consciente: una vulnerabilidad perversa tan solo en cuanto que es total, en todo caso natural como la hierba, o el asfalto en Nueva York. Abandono. Tómame, cualquier cosa, házme, cualquier cosa, tómame, cualquier cosa, mátame si te place.

...

Hace dos meses que he perdido el control.

...

Escucha Santa-Virgen-María, ahora soy como tú; no necesito controlar, él lo hace todo, lo hará hasta que me mate... Y recordar a cada instante: si me matas, tendrás que encontrar a otra, Y ¿es fácil encontrar a una mujer como yo?

...

Yo no sabía que ocurría. Todo cuanto sabía era que no podía parar de llorar. Cuando, a las seis de la tarde seguía llorando, me llevó a un hospital; me dieron sedantes, y el llanto cesó al cabo de un rato. Al día siguiente, inicié un tratamiento que duró varios meses.

...

No he vuelto a verle

...

Han pasado años y a veces me pregunto si mi cuerpo volverá a registrar una temperatura algo más que tibia.

Las cosas que le dice él...

-mañana tendrás que llevar manga larga, querida, es una lástima, va a ser un día caluroso.

...

-Escucha, así son las cosas entre nosotros. Mientras estés conmigo, harás lo que yo te diga.

...

- Abre las piernas.

...

- Camina a gatas.

...

- Bébete el café.

...

-Esta noche voy a hacer gambas...piensa en eso.

...

-Túmbate.

...

-Sube a la cama. No, a gatas.

...

-Bájate los pantalones por el culo.

...

-Si (me gusta pegarte), y ver cómo te encoges, sujetarte y oír tus súplicas. Adoro los ruidos que haces cuando no puedes quedarte callada, cuando ya no puedes controlarte. Adoro ver los cardenales en tu cuerpo y saber a qué se deben, las marcas del látigo en tu culo.

...

-Lo que no comprendo es por qué no eres capaz de pensar que te van a pegar, por qué hay que hacerlo siempre de verdad. Antes de decirme que no, que no quieres hacer algo, ¿porqué no te formas en la cabeza una imagen mía quitándome el cinturón? ¿Por qué no recuerdas, de una noche a otra, lo que sientes cuando cae sobre ti? Tenemos que negociar como putas todas y cada una de las veces y, al final, siempre acabas haciendo lo que te digo.

...

- Róballo.

...

-La semana que viene vas a atracar a alguien.

...

-Finalmente, tu verdadera calaña... ¡que insostenible arrogancia! Como si no hubiera sabido lo que eras desde que te puse los ojos encima.

...

-No llores ahora.

...

-Limitate a hacerlo...Estoy cansado de hablar.

...

-Crees que sabes lo que quieres, querida,...pero haces lo que quiere tu cono, siempre.

Pero Lyne haciendo *oidos sordos* a las palabras de Elizabeth y John parece dispuesto desde el primer momento a *componer* con su película otra *historia* -o eso es lo que se deja ver-, aprovechando todo lo que pueda reutilizar de la novela, desechando todo lo *inservible*. Transcribe para ello escenas sexuales que relata Elizabeth; a las que añade otras tantas que reconstruye desde la novela pero cuidadosamente descafeinadas de todo su componente abusivo, humillante o lesivo -sin duda claros obstáculos para su objetivo-; por ejemplo aquellas en las que Elizabeth es colgada desnuda durante horas de la pared antes de culminar en un encuentro sexual, cuando está sentada en el suelo y atada diariamente con cadenas a una silla y desde esta posición recibe la comida y el pene de John de forma intermitente, amén de los golpes -bofetadas, con una fusta, un peine o el cinturón- que se relatan en la novela y que se insinúan pero nunca se ven en la película -y mantienen grandes espacios de la piel de Elizabeth permanentemente amoratada-, o cuando le obliga a masturbarse delante de él después de que ella le confesara que sería incapaz de hacerlo.

A estas escenas Lyne finalmente suma las de su cosecha propia -la escena de sexo en el reloj de la estación o la escena de sexo en las escaleras del callejón bajo la lluvia y el memorable *striptease* - potentes imágenes con las que consigue visibilizar un universo lo suficientemente erótico desprendiéndolo de todo lo que pueda *oler* a maltrato. Creando en el imaginario colectivo un *cuento de hadas* apto para digerir por las mentes más abiertas y liberales de los emancipados treintañeros que pasaron su pre-adolescencia en la revolución sexual de los sesenta. Haciendo de la película una especie de *kamasutra made in Hollywood* perfectamente indicada para los yuppies de los ochenta.

En una página de Internet leía con rubor los apasionados y locuaces comentarios de un público femenino todavía rendido a los pies de una película que describen rezumando por sus cuatro costados el sexo mas *hot* aderezado con la pasión más desenfundada. Pero afortunadamente (y esta es mi opinión y de aquí emana su valor y su pertinencia en un ciclo dedicado a *pensar el cine...*) no todo es *sexo* lo que reluce y la

película no consigue desprenderse de la esencia que rezuma la novela que la inspira, **necesariamente surcada por la relación de abuso que la sustenta**. Pero, es esta *esencia* visible? Las palabras de Elizabeth y John son elocuentes. Ahora dejemos hablar a las imágenes...para *pensar el cine*.

Ourense, abril 2010